

«POR DIOS Y POR LA PATRIA».  
EL IDEARIO DEL NACIONALISMO CATÓLICO  
ARGENTINO EN LA DÉCADA DE 1970\*

*«For God and for the country». The main ideas of  
the argentine catholic nationalism in the 1970's*

Jorge SABORIDO  
jrsaborido@arnet.com.ar  
*Universidad de Buenos Aires*

Fecha de aceptación definitiva: 30-01-2008

RESUMEN: El trabajo propone la revisión de las coordenadas ideológicas del nacionalismo católico, tal como se exponían en las páginas de su principal órgano de prensa durante los conflictivos años 70. En el mismo se intenta llamar la atención sobre la persistencia de un discurso poco novedoso, solo apto para ser difundido entre los convencidos, que sin embargo aspiró a tener influencia sobre el accionar de los militares del autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional».

*Palabras clave:* nacionalismo católico, hispanismo, antimarxismo-antisemitismo-antiliberalismo.

ABSTRACT: This work aims to analyze the catholic nationalism ideological coordinates during the conflicting 70's exploring its main press organ. The work tries to call the attention on the persistence of a non novel discourse that, in spite of circulating among the convinced ones, aspired to influence the militaries of the «Proceso de Reorganización Nacional».

*Keywords:* Catholic nationalism, Hispanism, anti-Marxism-anti-semitism-anti-liberalism.

(\*) Este trabajo se inscribe en el Proyecto UBACYT S-070, *Voces y silencios: la prensa católica durante el Proceso de Reorganización Nacional*, financiado por la Universidad de Buenos Aires.

## INTRODUCCIÓN

El nacionalismo católico ha sido objeto de estudios de significación durante los últimos años en España, en la medida en que constituyó una de las principales fuentes de ideas del bando nacional en la guerra civil de 1936-39 y del régimen que se instauró después de la misma<sup>1</sup>. A partir de esas aportaciones ha quedado establecido con claridad su origen y sus componentes ideológicos, que se vinculan con un proceso más amplio, el de las corrientes de pensamiento surgidas en Europa como reacción frente a las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que se verificaron sobre todo a partir del siglo XVIII<sup>2</sup>, y que desde fines del siglo siguiente y principios del XX adquirieron renovado vigor como consecuencia, entre otras circunstancias, del intento de la más alta jerarquía eclesiástica de enfrentar los desafíos impuestos por la expansión del capitalismo liberal y el desarrollo de las corrientes socialistas.

En la Argentina, por su parte, el estudio del nacionalismo católico y de sus manifestaciones políticas concretas ha formado parte del universo más amplio de las investigaciones sobre el nacionalismo de derecha en general, y siguiendo la línea de éstas, se ha centrado en el momento de su surgimiento, en el desarrollo alcanzado durante la década del 30, y en su participación en el régimen militar surgido de la revolución del 4 de junio de 1943, luego del ascenso al poder del peronismo<sup>3</sup>, se produce una sensible declinación en los estudios específicos,

1. Podemos citar: MORODO, R.: *Orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*. Madrid: Alianza, 1985; PRESTON, P.: *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo, golpismo*. Madrid: Sistema, 1986; BOTTI, A.: *Cielo y Dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*. Madrid: Alianza, 1992; GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española. Teología Política y Nacionalismo autoritario en España*. Madrid: Tecnos, 1998. —*Historia de las derechas en España. De la Ilustración a nuestros días*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000; *Ibidem, Ramiro de Maeztu*, Madrid: Marcial Pons, 2003. Asimismo, es preciso destacar el notable y premiado libro de ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus, 2001 y, en menor medida, el de Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra, 1998. Una síntesis reciente es la de NOVELLA SUÁREZ, J.: *El pensamiento reaccionario español (1812-1975)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007. El tema se aborda también en conocidos trabajos sobre la derecha española durante el período republicano, como: ROBINSON, R. H.: *Los orígenes de la España de Franco*. Barcelona: Grjalbo, 1974; PRESTON, P.: *La destrucción de la democracia en España*. Madrid: Turner, 1978; MONTERO GIBERT, J. R.: *La CEDA. El catolicismo social y político en la II República*. 2 tomos. Madrid: Revista del Trabajo, 1977.

2. El libro más conocido sobre el tema es: HERRERO, J.: *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Madrid: Alianza, 1987 (Primera edición de 1973).

3. NAVARRO GERASSI, M.: *Los Nacionalistas*. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez, 1965; BARBERO, M. I. y DEVOTO, F.: *Los nacionalistas*. Buenos Aires: CEAL, 1983; BUCHRUCKER, C.: *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987; ZULETA ÁLVAREZ, E.: «España y el nacionalismo argentino». En: *Cuadernos del Sur*. Buenos Aires, N° 23-24. 1990-91; ZANATTA, L.: *Del Estado Liberal a la Nación Católica*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1996; *Ibidem, Perón y la Nación Católica*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999; DEVOTO, F.: *Nacionalismo, Fascismo y Tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002; MALLIMACCI, F.: *El Catolicismo Integral en la Argentina (1930-1946)*. Buenos Aires: Biblos/Fundación Simón Rodríguez, 1988.

apareciendo el tema sólo en obras generales sobre el nacionalismo<sup>4</sup>, o en estudios que rozan el tema parcialmente<sup>5</sup>.

En el trabajo que aquí se presenta nos proponemos abordar una cuestión puntual —el corpus de ideas del nacionalismo católico—, en un momento histórico acotado —la dictadura militar instalada en el poder en la Argentina entre 1976 y 1983 y la restauración democrática concretada desde esta última fecha hasta 1991—, a través de una fuente que consideramos de la máxima relevancia, la revista *Cabildo*. Los límites temporales están impuestos por la fecha de reaparición de la revista en agosto de 1976 luego de haber sido clausurada por el gobierno peronista —circunstancia que los llevó a numerar otra vez a partir del número 1—, y el hecho de que tras atravesar serias dificultades económicas, la revista dejó de aparecer en 1991<sup>6</sup>.

Consideramos que el tema escogido y su tratamiento puede ayudar a desvelar algunas de las claves de la importancia que tuvo una corriente de pensamiento que, si bien careció de presencia significativa en el conjunto de la sociedad, ejerció una fuerte influencia sobre determinados sectores de poder —fundamentalmente dentro del estamento militar— en momentos históricos cercanos.

El trabajo está dividido en dos partes: En la primera se resumen los antecedentes históricos del nacionalismo católico en la República Argentina, mientras que en la segunda se procede a revisar tanto las características específicas de *Cabildo* como sus principales componentes ideológicos.

4. ZULETA ÁLVAREZ, E.: *El Nacionalismo Argentino*. 2 vols. Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1975; ROCK, D.: *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel, 1993. Un ensayo interesante es el de FLORIA, C.: *Pasiones nacionalistas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1998, y también es importante citar una obra reciente sobre un tema directamente vinculado con el nacionalismo: LVOVICH, D.: *El Antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2003.

5. MCGEE DEUSTCH, S., y otros: *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2001; ZANATTA, L.: *Religión, nación y derechos humanos. El caso argentino en perspectiva histórica*. Internet.

6. Se han dado a conocer algunos aspectos parciales de esta investigación: SABORIDO, J.: «Reivindicar y continuar la lucha antisubversiva: el nacionalismo católico y la restauración de la democracia», en: *Actas de las IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2003; *Ibidem*, «Para la subversión, amnistía total; para las Fuerzas Armadas, pseudo justicia: la revista Cabildo y la cuestión carapintada». Ponencia presentada en las XIV Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa, septiembre 2003; *Ibidem*, «El nacionalismo católico durante los años de plomo: la revista Cabildo y el Proceso de Reorganización Nacional», en *Anuario de Estudios Americanos*. Sevilla, Volumen LX-3, octubre-diciembre 2004; —El antisemitismo en la Historia Argentina reciente: la revista Cabildo y la conspiración judía». *Revista Complutense de Historia de América*, Madrid, Vol. 30. 2004. *Ibidem*, «España ha sido condenada. El nacionalismo católico argentino y la transición a la democracia tras la muerte de Franco», en *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa*. Santa Rosa, 2005. El texto que aquí se presenta es una reescritura ampliada y actualizada de uno de los apartados de «El nacionalismo católico...»

CAP. 1. EL NACIONALISMO CATÓLICO

A partir de las aportaciones bibliográficas que hemos indicado en las notas 4, 5 y 6, y otras que se indicarán a medida que la narración lo requiera, vamos a realizar un resumen de la evolución del nacionalismo argentino a lo largo del siglo XX, con un énfasis particular en la vertiente católica del mismo.

La influencia de España en el ideario del nacionalismo argentino está fuera de toda discusión, aunque en manera alguna constituye el único componente<sup>7</sup>. En las últimas décadas del siglo XIX, cicatrizadas las heridas generadas por las guerras de la independencia, se restablecieron los vínculos amistosos entre ambos países; como consecuencia de ello, la revalorización de las raíces hispánicas en la conformación de la nacionalidad argentina fue lentamente abriéndose paso en los círculos intelectuales de una sociedad en la que la hegemonía política y cultural de una elite liberal y positivista era un componente fundamental; para muchos de los integrantes de ésta, España era, dentro del continente europeo, el ejemplo vivo del atraso en todos los campos.

A pesar de su acción, las voces que condenaban el rumbo seguido por la llamada «Generación del 80», destacando que el mismo implicaba una ruptura con el pasado hispánico y católico, no fueron inicialmente demasiado significativas. Escritores de cierto prestigio como Ricardo Rojas<sup>8</sup> y Manuel Gálvez<sup>9</sup> conformaron una avanzada, una suerte de «nacionalismo antes del nacionalismo»<sup>10</sup>, cuya argumentación hacía referencia a la herencia hispánica como parte integrante «de nuestro carácter». La reivindicación del interior del país como depósito de las verdaderas tradiciones y de los «caudillos» como su expresión política conllevaba una valoración altamente positiva del mundo colonial y de la religión tal como se vivía en esa sociedad preliberal y patriarcal.

Es un fenómeno ampliamente analizado el impacto que significó para las elites gobernantes argentinas la combinación del estallido de la Primera Guerra Mundial, el triunfo electoral de Hipólito Yrigoyen en 1916 como consecuencia de la puesta en vigencia del sufragio universal, y los acontecimientos de Rusia que culminaron con el triunfo bolchevique en octubre de 1917. Muchas certezas dejaron de ser tales y el peligro de la «revolución», entendida en un sentido amplio como cualquier intento de modificar el orden social, pasó a ser visto como real y cercano; la Semana Trágica de enero de 1919<sup>11</sup> contribuyó a reforzar ese temor,

7. Sin duda, la obra del francés MAURRAS Ch. constituyó la principal guía para los primeros grupos nacionalistas. Análisis de la influencia del fundador de *Action Française* pueden verse en las obras citadas de DEVOTO, F. y ZULETA ÁLVAREZ, E.

8. Para el estudio de la significación política de Ricardo Rojas, es útil, entre otras, la obra de HOURCADE, E.: *Ricardo Rojas. Un pasado para la democracia argentina*. Buenos Aires: FLACSO, 1995.

9. Sobre la figura de Manuel Gálvez, véase QUIJADA, M.: *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*. Buenos Aires: CEAL, 1985.

10. La expresión es de DEVOTO, F.: *Nacionalismo...*, *op. cit.*, cap. 1, aunque referida a otros autores.

11. Para un tratamiento del tema, puede consultarse: BILSKY, E.: *La Semana Trágica*. Buenos Aires: CEAL, 1984, y también, FALCÓN, R. y MONTERRAT, A.: «Estado, empresas, trabajadores y sindicatos», en: FALCÓN, R., (dir.): *Democracia, conflicto social y renovación de ideas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2000.

y las dificultades experimentadas por las democracias occidentales para estabilizarse después del conflicto internacional potenciaron los reflejos autoritarios y antidemocráticos en sectores importantes (no necesariamente en términos cuantitativos) de la sociedad argentina.

La década de 1920 fue el momento en el que el nacionalismo argentino adquirió carta de ciudadanía, nutriéndose de una serie de ideas que estaban «en el aire» en Occidente tras la Gran Guerra. En esos momentos fundacionales, las bases ideológicas no estaban necesariamente en el catolicismo, aunque éste no era ajeno a las posturas de quienes daban forma al corpus ideológico nacionalista<sup>12</sup>.

De forma paralela, fue también en el clima de los primeros años de la posguerra cuando comenzó a adquirir dimensiones lo que se ha denominado «la restauración católica»<sup>13</sup>, que a través de diferentes vías, que iban desde los Cursos de Cultura Católica inaugurados en 1922 hasta la aparición en 1928 de la influyente revista *Criterio*, fue haciendo realidad la idea de «recuperar para el catolicismo el lugar preeminente que por sus tradiciones debía tener en la Argentina»<sup>14</sup>.

En este proceso, la Iglesia como institución desempeñó un papel fundamental, y la consecuencia principal fue el desarrollo de una concepción que, asentada sobre la base de la noción de «nación católica», se conformó como una alternativa válida al modelo forjado por la elite liberal a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. De esta forma, la religión católica pasó a ser considerada nada más y nada menos que el elemento fundante de la identidad nacional. El conjunto del nacionalismo incorporó esta idea, aunque no todos le atribuyeron similar significación.

La visión antiliberal y antidemocrática que formaba parte de esta construcción discursiva va a ser revisada en el apartado correspondiente al núcleo ideológico de *Cabildo* en la medida en que quienes escribían en la revista la compartían totalmente en todo lo que afectaba al estudio del pasado argentino; la cuestión que nos interesa destacar aquí es que a la misma se agregó la noción de «hispanidad», cuya elaboración y difusión está asociada a la figura del pensador español Ramiro de Maeztu, que llegó a Buenos Aires en febrero de 1928 en carácter de embajador del gobierno del general Miguel Primo de Rivera.

La inextricable vinculación entre catolicismo e hispanidad fue desarrollada por Maeztu en su conocida obra «Defensa de la Hispanidad»<sup>15</sup>, colección de artículos que publicó en la revista *Acción Española* entre 1931 y 1934. En ese texto fundamentaba la idea de la «hispanidad» como concepción católica del mundo, como expresión del «humanismo» español. Por supuesto, Maeztu reivindicaba la obra española en América, lo que configuraba la base del «ser nacional» de los pueblos americanos, y postulaba entonces el retorno a los supuestos políticos

12. Ver, DEVOTO, F.: *Nacionalismo... op. cit.*

13. La expresión es de ZULETA ÁLVAREZ, E.: *El nacionalismo..., op. cit.*, vol. 1. p. 180.

14. *Ibidem*, p. 191.

15. DE MAEZTU, R.: *Defensa de la Hispanidad*. Madrid, Nos, 1934. Además de la ya citada biografía de GONZÁLEZ CUEVAS, P.: en los últimos años se ha publicado un interesante aunque muy polémico ensayo sobre Maeztu: VILLACAÑAS, J.L.: *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*. Madrid: Espasa-Calpe, 2000. *Vid.* en este mismo número, M. ROJAS MIX, en «Reseñas».

que le dieron vida, una vez superados los extravíos a que condujo el liberalismo a lo largo del siglo XIX.

El impacto de la obra de Maeztu entre los nacionalistas argentinos difícilmente puede ser exagerado; contribuyó a desplazar parcialmente a Charles Maurras en el papel de mentor ideológico, en la medida en que el tan admirado pensador francés, sin embargo, también generaba recelos entre los círculos más fervientemente católicos por su agnosticismo y por la condena papal de parte de su obra. Maeztu, en cambio, le daba un lugar preferencial a la Iglesia, coincidiendo así con el rol que ésta estaba adquiriendo a partir del golpe militar del 6 de septiembre de 1930, que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen. Por la vía de Maeztu y su noción de «hispanidad», el nacionalismo republicano<sup>16</sup> o restaurador<sup>17</sup> incorporó la concepción de «nación católica», que constituyó en adelante una de las bases de su pensamiento. Se reforzaba así una visión de la historia y el presente argentino en la que el triunfo liberal concretado a partir de la batalla de Caseros, librada el 3 de febrero de 1852<sup>18</sup>, había apartado a nuestro país de su destino, el que le marcaban las tradiciones provenientes de su pasado colonial, y en el que la figura del caudillo Juan Manuel de Rosas, objeto preferente de estudio por parte del «revisiónismo histórico»<sup>19</sup>, tenía una importancia decisiva como continuador de esta cosmovisión y este modo de vida después del proceso independentista.

El énfasis en los valores hispánicos no casualmente coincidía con el auge experimentado por el catolicismo argentino durante la década de 1930, cuya manifestación más espectacular fue la realización del Congreso Eucarístico en 1934. De esta manera se fue forjando una estrecha relación entre católicos y nacionalistas, aunque éstos no dejaron de constituir una minoría poco significativa, si bien con una presencia importante por la posición social y en algunos casos por el prestigio intelectual de algunos de sus seguidores.

Recientemente se ha estudiado en profundidad la alianza que se verificó entre la Iglesia y el Ejército<sup>20</sup>, hasta el punto que se ha hablado de la construcción de una «vía militar hacia la cristiandad», que la jerarquía eclesiástica se planteó como objetivo. En un escenario político caracterizado por las violaciones a las reglas del juego democrático, la propuesta fue la de conformar un «nuevo orden cristiano»; a partir de la guerra civil 1936-1939, la España de Franco constituyó un

16. Esta es la expresión usada por ZULETA ÁLVAREZ, E. en su obra para referirse al tronco principal del nacionalismo de derecha.

17. BUCHRUCKER, C.: *Nacionalismo...*, *op. cit.*, lo designa de esta manera para diferenciarlo del nacionalismo populista.

18. En esa batalla, un conglomerado de fuerzas que incluía tropas extranjeras, al mando del general Justo José de Urquiza, derrotó al ejército del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas.

19. Una visión crítica del revisionismo se encuentra en HALPERÍN DONGHI, T.: *El revisionismo histórico argentino*. México: Siglo XXI, 1973. De las aportaciones más recientes es preciso destacar el libro de QUATTROCCHI-WOISSON, D.: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1995.

20. ZANATTA, L.: *Del Estado liberal...*, *op. cit.*

modelo a seguir, en tanto el respeto a las jerarquías y el primado de las tradiciones constituían los valores dominantes del régimen instalado en la Península.

Esa concepción de «nación católica» tuvo oportunidad de pasar al primer plano político como consecuencia de la revolución realizada por los militares el 4 de junio de 1943. Los conflictos experimentados por la sociedad argentina, profundamente dividida por la guerra mundial iniciada en 1939, y afectada por los trastornos producidos por sus consecuencias en el terreno económico y social, dieron lugar a que el régimen conservador cayera sin protestas mayores de la sociedad, cansada de su funcionamiento artificial y fraudulento.

En su reemplazo, la propuesta de los militares en el poder se concretó inicialmente asumiendo, no sin contradicciones, el ideario que se había forjado en los años anteriores al calor de las relaciones con la Iglesia. Se trataba de impulsar una cruzada contra el liberalismo político portando el estandarte de los valores católicos tradicionales.

Por lo tanto, dirigentes e intelectuales nacionalistas participaron con entusiasmo de esta realidad en la que «la nación católica se convierte en Estado»<sup>21</sup>; el escritor nacionalista Gustavo Martínez Zuviría —más conocido por el seudónimo de Hugo Wast— fue designado ministro de Instrucción Pública en octubre de 1943, y constituyó la avanzada de una presencia masiva de militantes de organizaciones católicas que le otorgaron una marcada impronta confesional al sector educativo. La implantación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y la intervención de las universidades nacionales, fueron las medidas más importantes —sobre todo la primera— adoptadas por los nacionalistas en su corto paso por la función pública en el terreno educativo (Martínez Zuviría dejó su cargo en junio de 1944 como consecuencia de uno de los enfrentamientos que se produjeron entre los militares).

Sin embargo, para la mayoría de los nacionalistas, el rumbo adoptado por la revolución de junio, marcado por la preponderancia creciente del coronel Perón, se fue distanciando progresivamente de los objetivos que ellos aspiraban alcanzar. No obstante, la carta pastoral del Episcopado de noviembre de 1945, en la que se prohibía a los fieles votar a los partidos que incluyeran en su plataforma la enseñanza laica, fue una muestra inequívoca del apoyo de la jerarquía eclesiástica a la candidatura de Perón, dado que su adversario, la Unión Democrática, era el que levantaba esa bandera.

El peronismo triunfante, si bien se nutrió en su política social y en su diagnóstico del mundo moderno con algunos elementos provenientes del ideario nacionalista católico —las referencias a la Doctrina Social de la Iglesia eran frecuentes— una vez en el poder el nuevo presidente adoptó un sesgo populista con el que no acordaba la mayor parte de quienes militaban en esta corriente política. Como bien se ha sostenido, Perón concretó uno de los objetivos del nacionalismo, el de aproximar a la clase obrera a la doctrina católica apartándola del comunismo, pero la restauración democrática que emergió del proceso revolucionario

21. ZANATTA, L.: *Peron y la Nación...*, *op. cit.* cap. 1.

sancionando el triunfo del nuevo movimiento encabezado por Perón no era precisamente el resultado querido por quienes hacían una profesión de fe de sus posiciones antidemocráticas y antiliberales, y la evolución posterior los confirmó en sus posiciones.

No obstante, el nacionalismo «justicialista», incluso en su posterior vertiente, que se aproximó al marxismo, siguió realizando una valoración positiva de la herencia colonial, una de las ideas-fuerza del nacionalismo. Un (sobre)valorado intelectual de la izquierda peronista, Juan José Hernández Arregui, sostenía que en el período hispánico se encontraba el origen de nuestra historia como nación, y criticaba el liberalismo con un lenguaje en algunos aspectos coincidente con el del nacionalismo<sup>22</sup>.

A pesar de que algunas figuras del nacionalismo adhirieron al peronismo —el caso del historiador Ernesto Palacio, que ocupó un escaño de diputado es el más conocido aunque no el único— puede considerarse acertado el comentario de David Rock respecto de la actuación de aquellos durante el período 1946-1955: «autoexcluidos de la política cotidiana, los nacionalistas se refugiaron en la cultura: revisionismo histórico, complicadas disquisiciones sobre el corporativismo y disquisiciones sobre la tradición nacional»<sup>23</sup>. Además, dentro de esta corriente hubo quienes comenzaron a sostener que la agudización de las contradicciones que generaba el peronismo contribuía a abrir el camino al marxismo, razón adicional de peso para combatirlo; progresivamente, Perón pasó a ser considerado por muchos militantes del nacionalismo como un agente del comunismo, lo que explica la participación de algunos de ellos en las operaciones realizadas para derrocarlo.

En cualquier caso, los desencuentros crecientes con la Iglesia, que culminaron en el abierto conflicto que estalló a fines de 1954<sup>24</sup>, constituyeron el factor determinante que llevó a sectores del nacionalismo, fundamentalmente a los acendradamente católicos, a la oposición al régimen peronista, y su presencia fue muy visible entre los grupos civiles que conspiraron junto con sectores del ejército para derrocar a Perón. De esta manera, cuando el alzamiento militar iniciado en la provincia de Córdoba el 16 de septiembre de 1955 culminó con la huida del país del presidente, dirigentes nacionalistas aparecieron en cargos políticos de relevancia junto al general Eduardo Lonardi, designado presidente provisional de la Nación. Pero la «hora nacionalista» duró pocas semanas: el intento de preservar las conquistas sociales otorgadas por el peronismo, resumido en una frase de Lonardi que se hizo famosa —«ni vencedores ni vencidos»— tropezó con la oposición de los liberales que, encabezados por el vicepresidente, contralmirante Isaac Francisco Rojas, forzó la situación y presionó para acelerar la renuncia del

22. HERNÁNDEZ ARREGUI, J., J.: *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973.

23. ROCK, D.: *La Argentina Autoritaria... op. cit.*, cap. 6, p. 176.

24. Las relaciones entre el peronismo y la Iglesia han sido objeto de ejemplar tratamiento monográfico en CAIMARI, L.: *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Ariel, 1995.

presidente, designándose en su lugar al general Pedro Eugenio Aramburu. Una vez más, los nacionalistas mostraban su debilidad, saliendo del gobierno sin poder tener incidencia significativa en los acontecimientos.

Entre 1955 y 1976, período de inestabilidad política muy acusada, las oportunidades de los nacionalistas de ejercer alguna influencia se limitaron a una cierta presencia durante la primera etapa de la «Revolución Argentina», encabezada por el general Juan Carlos Onganía. El golpe de Estado realizado por éste a fines de junio de 1966 derrocando al gobierno del radical Arturo Illía apuntó inicialmente como un intento corporativista en el que los nacionalistas católicos tuvieron participación, pero la designación de Adalbert Krieger Vasena como ministro de Economía en marzo de 1967 dio lugar a que se conformara un régimen híbrido en el que la modernización económica impulsada desde el Palacio de Hacienda prevaleció sobre cualquier proyecto de corte antiliberal.

Dividido, afectado de manera continua por deserciones<sup>25</sup>, el nacionalismo parecía condenado a ejercer de comparsa de regímenes militares en los que eran utilizados en funciones subalternas; la construcción de la «nación católica» parecía estar muy lejos. Pero las posibilidades no habían desaparecido (o por lo menos así lo pensaron quienes defendían esas ideas): las dramáticas convulsiones de la Argentina de los años 70 fueron resueltas por los militares en marzo de 1976 con una nueva intervención, que en este caso sin embargo parecía dar comienzo a una realidad muy diferente, y en la que los defensores del nacional-catolicismo, por distintas razones, creyeron que podían desempeñar algún papel.

## CAP. 2. CABILDO, UNA PUBLICACIÓN NACIONALISTA Y CATÓLICA

Desde su aparición en los turbulentos años 70, la revista *Cabildo* se constituyó en la expresión más emblemática del nacionalismo católico argentino. El primer número salió a la venta el 17 de mayo de 1973, ocho días antes de la asunción del Dr. Héctor J. Cámpora como presidente de la República Argentina, tras producirse el amplio triunfo del Frente Justicialista de Liberación en las elecciones del 11 de marzo de ese año<sup>26</sup>.

El tono antidemocrático de sus cuestionamientos, que se centraban en la demanda continua a los militares para que tomaran el poder, llevó a que tras la muerte del general Juan Domingo Perón, la revista fuera clausurada tres veces por el gobierno de Isabel Perón: primero en febrero del 75 (tras haber publicado 22 números); luego en mayo de ese mismo año (había reaparecido con el nombre de *El Fortín*), y finalmente en febrero del año siguiente, después de que en junio del 75 su prédica continuara en las páginas de *Restauración*.

25. Para el conocimiento de los entresijos del accionar de los grupos nacionalistas en esa época, es útil, aunque algo superficial el libro de BERAZA, L. F.: *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*. Buenos Aires: Cántaro, 2005.

26. BERAZA, L. F.: *Nacionalistas...*, *op. cit.*, cap. 8, relata las circunstancias que dieron lugar al surgimiento de la publicación.

Producido el golpe militar de marzo de 1976, *Cabildo* reinició su actividad normal el 6 de agosto de ese año, especificándose que se trataba de una «Segunda época», razón por la cual, como se ha dicho, arrancó otra vez desde el número 1, y desde ese momento será el objeto de nuestra investigación. Al igual, que en la ocasión de su anterior etapa de publicación, su director fue el veterano dirigente Ricardo Curutchet.

Durante el período del Proceso de Reorganización Nacional, *Cabildo* fue una publicación mensual, periodicidad que se mantuvo de manera medianamente regular (en varias ocasiones un número abarcaba dos meses). Cabe citar que en julio de 1977 una disposición del Poder Ejecutivo ordenó el secuestro del N°8, correspondiente al mes de junio, de acuerdo a todos los indicios por la publicación por un suelto en el que el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz aparecía en 1973 como integrante del grupo de asesores del Banco Comercial de La Plata, propiedad del banquero David Graiver, vinculado con el grupo armado Montoneros, prohibiendo además la edición del número que se iba a publicar el mes siguiente. A fines de 1983, cuando se produjo la asunción de Raúl Alfonsín como presidente de la Nación, se habían publicado 71 números. En los años siguientes la periodicidad será mucho más irregular, al compás de las dificultades económicas crecientes: en 1989, el año de la hiperinflación, salió el número 128 correspondiente a febrero, y el siguiente recién se publicó en noviembre. Finalmente, con fecha junio-julio de 1991, se publicó el número 134, a partir del cual, sin aviso, la revista dejó de aparecer<sup>27</sup> hasta 1998, momento en que inicia una nueva etapa.

Durante los años del Proceso y hasta fines de los años 80, era una publicación realizada en papel de buena calidad; contaba con una publicidad limitada casi totalmente al ámbito intelectual, en la que aparecían casi exclusivamente librerías y editoriales —Librería Huemul, Editorial Teoría—, conocidas por su filiación nacionalista. La tirada no ha podido ser comprobada de manera continua por la inexistencia de datos medianamente fiables, pero una estadística del Instituto Verificador de Circulación correspondiente a mediados de 1977 mostraba que *Cabildo* era la segunda revista de mayor venta en el país<sup>28</sup>.

La estructura de la publicación, compuesta de 36 páginas<sup>29</sup>, no experimentó cambios significativos a lo largo del período objeto de nuestro análisis: el tema principal era tratado en un editorial, al que acompañaba un texto generalmente extenso, —la «Crónica Nacional», referido a las cuestiones de actualidad. Luego aparecían las secciones fijas firmadas —«Política Exterior», «Castrenses», «Gremiales», «Universitarias», «Económicas», «Culturales», «Internacionales», «Religiosas—, y un espacio variable dedicado a abordar cuestiones que iban más allá del análisis de la actualidad e incluía el posicionamiento de la revista respecto de cuestiones

27. La revista reapareció en septiembre de 1998, dirigida por Antonio Caponnetto, antes Secretario de Redacción, y se continúa publicando en la actualidad.

28. BERAZA, L. F.: *Nacionalistas...*, *op. cit.*, p. 366.

29. En los últimos años, las dificultades económicas hicieron que su tamaño se redujera, primero a 24 páginas, y finalmente a 16.

filosóficas, históricas y políticas; contaba también con una sección de comentario de libros.

A lo largo de todo el período que estamos estudiando se mantuvo en su puesto el director, Ricardo Curutchet, produciéndose cambios en el cargo de Secretario de Redacción, que fue ocupado primero por Juan Carlos Monedero, luego por Ricardo Bernotas y finalmente por Antonio Caponnetto. También se verificaron algunas modificaciones en el plantel de colaboradores, que incluía ocasionalmente aportes puntuales tan significativos como el de Blas Piñar, líder de la organización española de extrema derecha Fuerza Nueva, el general Adel Edgardo Vilas, responsable de la lucha contra la guerrilla del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en la provincia de Tucumán (el llamado «Operativo Independencia», varias veces definido por *Cabildo* como la manera correcta de enfrentar a la subversión), o la presencia más regular de intelectuales de larga militancia en el nacionalismo como Julio Irazusta, Federico Ibaguren, el general Osiris Villegas, Francisco Javier Vocos o el cuyano Rubén Calderón Bouchet. Curutchet, Irazusta e Ibaguren constituían los nexos intelectuales con el nacionalismo de los años 30. Un párrafo merece la presencia frecuente como colaborador del más conocido soviólogo de derecha en lengua castellana, el profesor, de origen francés pero residente en Mendoza, Alberto Falcionelli, quién con sus aportes sobre la evolución de la Unión Soviética y otras cuestiones vinculadas con la política internacional llamaba la atención sobre la dimensión de los peligros que acechaban a Occidente.

Una vez producido el retorno de la democracia, se publicaron varios artículos firmado por el general Ramón J. Camps, uno de los principales acusados de practicar el terrorismo de Estado, y caracterizado integrante en su momento del sector de los militares «duros»: fueron transcritos sus alegatos en el juicio al que fue sometido, y dispuso de un espacio para exponer sus ideas, coincidentes por supuesto con la línea editorial de la revista<sup>30</sup>. Las rotaciones en el staff no implicaron en manera alguna cambios relevantes en los planteamientos de la publicación; si bien se indicaba que «los artículos firmados no expresaban necesariamente la opinión de los integrantes de la revista», la línea era «bajada» por la dirección y los artículos tienen en todo momento una coherencia destacable<sup>31</sup>, por lo que creemos que es correcto y adecuado analizar el corpus documental como expresión unificada del pensamiento del nacionalismo católico. Está muy claro que si, en general, puede hablarse de una línea editorial en los medios de comunicación escrita, en este caso más que en ningún otro, las características del ideario de *Cabildo* aseguraban un control estricto de lo que se publicaba por parte de los responsables de la misma; no es fácil imaginar que «colara» un texto «heterodoxo»<sup>32</sup>. Sólo hemos encontrado algunos enfoques ligeramente divergentes en el

30. Valga como ejemplo, *Cabildo*. N° 100, (Mayo 1986). Reportaje al General Ramón Camps.

31. Al referirnos a cada artículo se indicará el nombre del autor si el mismo es firmado.

32. Beraza (*op. cit.*), sostiene que en la primera etapa de *Cabildo*, en cambio, menudeaban las contradicciones entre los escritos de los colaboradores.

terreno económico, en la medida en que, a falta de especialistas en el tema, se convocaron colaboradores provenientes de distintas corrientes del nacionalismo.

Como era de esperar en una revista nacionalista, no rehuyeron la polémica con algunos otros grupos cercanos al nacionalismo —como la agrupación «Tradicción, Familia y Propiedad—, y con algunas publicaciones católicas —por ejemplo, *Pan y Justicia* y *Esquiú Color*—. Asimismo se manifestaron de forma crítica respecto de publicaciones y corrientes surgidas en el ámbito católico, a las que acusaban de diferentes formas de desviacionismo<sup>33</sup>. En otro orden de cosas, la condena del Concilio Vaticano II fue constante y hasta abrumadora, y también fueron objeto de duro cuestionamiento los documentos de la Conferencia Episcopal Argentina, a los que sobre todo cuestionaban las aisladas (y tímidas) referencias de los obispos a la represión ilegal<sup>34</sup>.

### CAP. 3. LAS COORDENADAS IDEOLÓGICAS DE *CABILDO*

Los elementos que conforman el núcleo «duro» del pensamiento de quienes publicaban *Cabildo* no son en manera alguna nuevos: estamos frente al despliegue de una serie de ideas cuyas raíces pueden detectarse en un pasado a veces lejano, que se actualizan y reelaboran (relativamente) a los efectos de enfrentar la conflictiva realidad argentina del momento. Dado que no es nuestro propósito rastrear sus orígenes, nos limitaremos aquí a sintetizar los aspectos principales de su ideario tal cual surge de la revista. En la coyuntura que se inició en marzo de 1976, como hemos dicho, el nacionalismo católico a través de su principal órgano de prensa renovó, al igual que en ocasión de otras intervenciones militares, su esperanza de encontrar entre los militares que estaban al frente del gobierno algunos que, por formación ideológica, estuvieran dispuestos a poner en práctica sus propuestas. Por supuesto, ello en manera alguna implicaba cambios sustanciales en su manera de entender el mundo, que se asentaba sobre un conjunto de ideas fundamentalmente inconvencionales.

#### 3. A). *Una teología política*

Creemos que un punto de partida adecuado para iniciar el análisis de las bases del pensamiento de *Cabildo* es definirlo como una «teología política»<sup>35</sup>, es

33. Procedieron así con textos como la *Biblia Latinoamericana*, el *Misal de la Comunidad* y las *Hojas de Ruta*.

34. Por ejemplo, *Cab. n.º 21* (diciembre 1978), Documento Episcopal. La Oblicua Mirada.

35. La expresión está tomada de GONZALEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española...*, *op. cit.* Este mismo autor se preocupa en diferenciar este concepto del que utiliza el pensador alemán Carl Schmitt, para quien la «teología política» no puede partir de lo premoderno, de una doctrina religiosa compartida de manera acrítica, sino que es secularizada (GONZÁLEZ CUEVAS, P.: *Historia...*, *op. cit.*, p. 45).

decir como un intento de legitimar una determinada praxis política a partir de una doctrina religiosa.

La doctrina religiosa es de claro sesgo católico tradicionalista<sup>36</sup>, designando con esta última expresión una corriente caracterizada por los siguientes rasgos: 1) el *teísmo* político —la omnipotencia de una autoridad ungida por Dios—; 2) el reconocimiento de la existencia de dogmas religiosos inmutables, que trascienden las interpretaciones de cada individuo; 3) la defensa de la continuidad histórica de las comunidades humanas frente a la amenaza de ruptura que constituye la revolución; 4) la consiguiente reivindicación de las «realidades vivas», que por medio de hábitos sociales, usos y costumbres, conforman las sagradas herencias del pasado; 5) la lucha contra la «razón», definida como el factor perturbador que impulsa el principal pecado introducido por la Modernidad: la autonomía del hombre.

Partiendo de esta enumeración, veamos como se trata la cuestión en *Cabildo*: en primer término, se destaca la existencia de un «orden natural», basado en la existencia de valores absolutos, que proviene de un orden sobrenatural y pende de éste «como la materia de la forma, como la consecuencia de la causa, como lo accesorio de lo principal»<sup>37</sup>. Por lo tanto, la providencia divina conforma la base de todo lo existente; el mundo humano refleja un orden eterno, y toda ley humana descansa en la ley eterna. Por lo tanto, los dogmas religiosos no pueden ser objeto de cuestionamiento por parte de los individuos.

El «orden natural» al que se hace referencia se ha constituido a los efectos de la realización del bien común, asignando «a cada uno su sitio en función del principio del Orden»<sup>38</sup>. El «sitio» que le corresponde a cada uno en la sociedad está establecido en relación con el todo social preexistente», a partir de una «tradición heredada» que debe ser respetada. En una sociedad así ordenada, la existencia humana se orienta al establecimiento efectivo del «reinado de Cristo en la Tierra, entendiendo por tal una correspondencia lo más estrecha posible entre la realidad social y el «orden natural».

En esa realidad, el Estado constituye «la unidad totalizadora y perfecta en su orden, armónica y adecuadamente limitada por las sociedades intermedias, en cuyo ámbito se desarrolla la vida de la Nación»<sup>39</sup>; su objetivo es «posibilitar a los gobernados la consecución de la perfección física, intelectual y moral —la plena vida virtuosa— que facilita el acceso al orden sobrenatural y por allí al Fin Último y a la bienaventuranza eterna»<sup>40</sup>.

36. Para conocer los principios del pensamiento tradicionalista, es fundamental PRADERA, V.: *El Estado nuevo*. Madrid: Cultura Española, 1935, aunque también es útil consultar VÁZQUEZ DE MELLA, J.: *Una Antología Política*. Estudio Preliminar de ARÓSTEGUI, J., Oviedo: Junta General del Principado de Asturias, 1999. De los escritos de autores argentinos el más conocido es el. SACHERI, C. A.: *El orden natural*. Buenos Aires: EUDEBA, 1979.

37. *Cab. n.º 45*. (Septiembre 1981). «Sin Dudas Ni Remordimientos». Alvaro Riva.

38. *Cab. n.º 1*. (Agosto 1976). «Liberalismo y Bien Común Católico». Federico Ibarguren.

39. *Cab. n.º 10*. (Septiembre 1977). «En el Camino de las Utopías Políticas». M. C.

40. *Cab. n.º 104*. (Septiembre 1986). «Importancia de la Política». Francisco Javier Vocos.

El Estado, por ejemplo, tiene la obligación de velar por el orden moral, ya que éste «es el sostén más importante del orden social»<sup>41</sup>, y en consecuencia le competen «deberes para con la moralidad tanto positivos —fomentar y estimular la virtud— como negativos —represión y limitación de todas las formas de inmoralidad—, ya que no hay ética eficiente desvinculada de la Religión»<sup>42</sup>.

Desde esta perspectiva, la Historia consiste en el desenvolvimiento de la ley divina y su devenir depende de la capacidad de los seres humanos para comprenderla y seguir sus preceptos. No obstante, son muy claras las limitaciones del hombre, en tanto se trata de un ser imperfecto y débil: por una parte, no está en condiciones de entender en forma cabal el plan de la Providencia; por otra, al estar dotado de libre albedrío puede caer en el error y en el pecado.

El último punto es importante, ya que parte de una visión pesimista del hombre; éste es una criatura movida por pasiones, provisto exclusivamente de su razón está incapacitado para distinguir entre el bien y el mal, por lo que es precisa la guía de la religión para orientarlo.

De lo que se trata, en resumen, de acuerdo al pensamiento de los hombres de *Cabildo*, es de instaurar el «reinado de Cristo» tal cual lo proclama la Iglesia; uno de sus preceptos es que «su ley es obligatoria tanto en el orden particular como en el público y si [Jesucristo. J.S.] es rey de los corazones también lo es de las sociedades»<sup>43</sup>.

La obediencia a la ley de Dios incluye la resistencia a la autoridad, ya que si ésta no cumple con su función de dirigir a la sociedad siguiendo las pautas establecidas por la Revelación, es decir, «cuando reemplaza al bien con el mal», le cabe a los integrantes de la sociedad «defender sus derechos y los de sus conciudadanos contra el abuso de tal autoridad»<sup>44</sup>.

Por lo tanto, y con riesgo de caer en alguna reiteración, para *Cabildo* las sociedades humanas logran conformar ese «orden natural» cuando su comportamiento sigue las reglas impuestas por la revelación divina y transmitidas por Dios hecho hombre para nuestra redención; fuera de ellas impera el error.

### 3. B). *Reivindicación de la Edad Media*

El «orden natural» al que se hace referencia, verdadero etapa de plenitud, fue alcanzado por el hombre durante la Edad Media, momento en el que imperaban los valores absolutos, cuando el devenir de toda su existencia estaba subordinado a principios superiores y no osaba cuestionar en ningún aspecto el mundo en el que vivía: «antes la tierra era lo grande y todo giraba a su alrededor. Y era verdad, en un sentido más amplio que el matemático, como que incluía la vida»<sup>45</sup>.

41. *Cab. n° 47*. (Noviembre 1981). «La Nación y la Moral».

42. *Ibidem*.

43. *Cab. n° 81*. (Octubre 1984). «El Reinado de Cristo, Ideario Nacionalista». Alvaro Riva.

44. *Cab. n° 112*. (Junio 1987). «Resistencia a la Autoridad». Andrés Herrera.

45. *Cab. n° 2*. (Septiembre 1976). «Las Cosas de la Vida». Carlos Riga.

El universo medieval «era por entero teofanía, es decir, manifestación de Dios y jerarquía»<sup>46</sup>.

El Imperio Cristiano constituía el ideal —dentro de lo que podía ser la acción humana— de un gobierno político único; la fuerza política estaba al servicio de la acción misionera de la Iglesia. La idea de una naturaleza humana común a todos los hombres establecía las condiciones para la existencia de ese imperio universal, provisto también de un orden jurídico único. Las normas tradicionales y de derecho natural eran acatadas por los gobernantes y el pueblo como la mejor garantía de las libertades y de los derechos. Fue el único momento en el que el poder político reconoció la superioridad del espíritu y éste marcaba el camino hacia el encuentro con Dios, que debía concretarse más allá del tiempo histórico.

Es preciso destacar, por supuesto, que la igualdad entre los hombres que se defiende como elemento fundamental de la Edad Media no es, en manera alguna, la igualdad ante la ley o la igualdad política, temas vinculados con los males introducidos por la Modernidad; se trata de la igualdad «por virtud de la Creación»<sup>47</sup>, la igualdad emergente de ser todos hijos del Señor.

La atracción por la Edad Media residía asimismo en la esperanza de poder librarse de la responsabilidad que va unida a la existencia individual y a la obligación de tomar decisiones. Siempre que se presentaba la ocasión, esa época histórica era citada como ejemplo frente a las calamidades del presente: «días pasados, un amigo nos recordó una frase de Jean Guitton que merece ser repetida: «ahora hasta la paz es guerra y en la Edad Media hasta la guerra era la paz». Esto quiere decir que si no hay *Orden* la paz es acto potencial de guerra y que *habiéndolo*, toda guerra es un factor ilativo de la *Paz*»<sup>48</sup>.

No obstante, en rigor de verdad, en algunos casos la Edad Media no era estrictamente considerada como un período histórico sino en cambio como una constante, un ideal alcanzado (supuestamente) en la Tierra, en el que el hombre se sentía vinculado con la realidad divina, «única roca eterna donde el pie no vacila».

Sin embargo, ese momento de plenitud, en el que los hombres se aproximaron al establecimiento del «Reino de Cristo» en la Tierra no fue duradero: el mismo hombre, por medio del despliegue de su subjetividad, se rebeló contra el orden tradicional en el que desarrollaba su existencia, a la búsqueda de una explicación del mundo y de una organización de la sociedad que no estuvieran sujetas a un Dios todopoderoso de presencia constante. El mundo se convierte entonces en el campo en el que la voluntad humana actúa para transformar la realidad y concretar su dominación sobre ese mundo, destruyendo la relación estrecha que existía en la Edad Media entre teoría y praxis.

46. Pedro C. GONZÁLEZ CUEVAS, *Acción Española...*, *op. cit.*, p. 347.

47. *Cab. n° 3*. (Octubre 1976). Día de la Raza.

48. *Cab. n° 30*. (Diciembre 1979). Con las «Bases» una Bola de Nieve se ha Echado a Rodar. Las cursivas corresponden al texto.

En esa coyuntura histórica, que se inició «con la escolástica degradada de Occam» [Guillermo de Occam, filósofo inglés del siglo xvi. J.S.], definido como el primer ideólogo de la historia de Occidente<sup>49</sup>, emergió lo que «algunos textos pontificios y muchos escritores tradicionalistas llaman Modernidad»<sup>50</sup>.

### 3. c). *La ruptura de la modernidad*

Desde la perspectiva del pensamiento tradicionalista, tal como se expresa en *Cabildo*, el proceso histórico de la Modernidad puede resumirse en «la transferencia histórica de unas estructuras sistemáticas de raíz teológica a principios normativos de carácter inmanente»<sup>51</sup>. La descripción del mismo es sintetizada en un artículo publicado por el general Adel Vilas, quien de esta manera establecía un vínculo significativo entre los militares en el poder (o por lo menos un sector de ellos) y quienes publicaban la revista.

En su explicación del desarrollo de la Modernidad, Vilas afirma que la misma surgió al amparo de «reyes disolutos, ideólogos divorciados de la realidad, nobles decadentes y burgueses ávidos de dinero»<sup>52</sup>. Sus pasos sucesivos fueron: la Reforma Protestante en el siglo xvi, que atacaba la unidad metafísica cristiana; en el siglo siguiente «el idealismo, el racionalismo y el empirismo — verdadera trilogía diabólica —», a partir de los cuales sería deshecha la «filosofía perennis» de Occidente, abriendo el camino para que, en el siglo xviii, la Revolución Francesa destruyera el «orden político tradicional»<sup>53</sup>. De esta manera, el hombre moderno, a diferencia de lo que ocurría en la Edad Media, termina por perder la noción de la solidez y la inmutabilidad del mundo; el espíritu ya no se siente vinculado a ningún orden totalizante: utilizando la expresión de uno de los pensadores tradicionalistas más apreciados, «humanismo y relativismo son palabras sinónimas»<sup>54</sup>.

Este relativismo se manifiesta asimismo en otro terreno: deja de ser fundamental el orden moral como sostén del orden social: «rotos los vínculos que ligan al hombre con Dios, absoluto y universal legislador y juez, no se tiene más que una apariencia de moral puramente civil»<sup>55</sup>; la consecuencia final es, para ellos, dramática: el hombre va a sancionar la ley para sí mismo, y ya conocemos la visión que se tiene del hombre librado exclusivamente a su razón. Al no poder discriminar la diferencia entre el bien y el mal, el camino hacia el triunfo de este último está asegurado.

49. Para los tradicionalistas, el ideólogo es aquél para quien las ideas tienen el valor de medios para el logro de determinados objetivos políticos. Sobre este tema puede consultarse Rubén CALDERÓN BOUCHET, *Decadencia de la ciudad cristiana*. Buenos Aires: Dictio, 1979.

50. *Cab. n.º 45*. «Sin Dudas ni Remordimientos».

51. GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «*Acción Española*, op. cit., p. 347.

52. *Cab. n.º 9*. (Agosto 1977). «Reflexiones sobre la Subversión Cultural». General Abdel Edgardo Vilas.

53. *Ibidem*.

54. DE MAEZTU, R. *Defensa de la Hispanidad...*, op. cit., p. 56.

55. *Cab. n.º 47*. «La Nación y la Moral». Antonio Caponnetto.

La Modernidad se enfrenta entonces conflictivamente con el catolicismo; frente a la autonomía y capacidad racional que el hombre se autoatribuye, la religión responde afirmando que la inteligencia y la razón resultan incapaces de brindar respuestas satisfactorias al «Misterio», por lo que se torna imprescindible el auxilio de la autoridad revelada. Además, en el nuevo escenario se produce la progresiva privatización del hecho religioso, resultado del avance continuo del individualismo en perjuicio de la sociedad entendida como un todo orgánico (que era uno de los rasgos constitutivos de la Edad Media).

Un resumen adecuado de la postura de *Cabildo* respecto de la Modernidad puede extraerse de este párrafo de un artículo en el que se descalificaba el accionar de la Reforma Universitaria puesta en marcha en la República Argentina en 1918:

Este proceso [que arranca con la Modernidad. J.S.] no es otro que el de la desacralización de la sociedad y la nominación de la cultura, lo cual produjo, como no podía ser de otro modo, una ideologización cada vez más avanzada y totalitaria ya que el ser humano necesita de respuestas no tanto racionales como universales y está claro que acallada la Religión y desplazadas la Teología y la Filosofía, solo restan para explicar el Misterio —un Misterio nunca despejado— y para ubicarse frente a él la Ideología, satisfaciendo abstracta pero vitalmente todas las inquietudes que jamás dejan de atenazar el corazón.<sup>56</sup>

### 3. D). *Crítica del liberalismo y de la democracia*

La consecuencia principal del proceso de decadencia en el que se ha sumergido la civilización occidental la constituye el triunfo del liberalismo, que en el terreno económico, «con su monstruosa concepción de una economía autónoma y desorbitada ha engendrado al gigantesco capitalismo»<sup>57</sup>, y que en el ámbito político ha consistido esencialmente en «haber separado la política de la realidad»<sup>58</sup>. De esta manera, el «orden natural» proveniente de la Edad Media, conservado y mejorado por la tradición, ha sido sustituido por un «orden esquemático ideal, apriorístico»<sup>59</sup>. Justamente, la Revolución Francesa iniciada en 1789 es el acontecimiento que abrió el camino a la democracia, la utopía por excelencia del siglo XX.

En la nueva sociedad dominada por el liberalismo, el Estado se convierte en la «confluencia de los intereses y apetitos individuales»<sup>60</sup>, limitándose a garantizar «que cada uno disfrute lo suyo sin perturbar al otro»<sup>61</sup>. Al carecer de misión trascendente, el Estado liberal requiere la existencia de los partidos políticos, que constituyen «la concreción práctica —y trágica— de la dispersión de la vida política»<sup>62</sup>.

56. *Cab. n° 123-24*. (Mayo-Junio 1988). «Setenta Años Setenta». Eduardo Viale.

57. *Cab. n° 9*. «Reflexiones sobre la Subversión...»

58. *Ibidem*.

59. *Ibidem*.

60. *Ibidem*.

61. *Ibidem*.

62. *Ibidem*.

La consecuencia es profundamente negativa: «la voluntad política del Bien Común es reemplazada por la competencia por el poder»<sup>63</sup>. Y en ese ámbito dominado por la democracia, «en el que no hay partes que se ordenen al todo, pues ese todo ya no existe»<sup>64</sup>, se crean las condiciones para el triunfo del marxismo. Recogiendo una larga tradición del pensamiento contrarrevolucionario, no se plantea una distinción radical entre liberalismo, democracia y socialismo; constituyen tres formas de manifestación de una misma idea, «la autonomía de la conciencia humana»<sup>65</sup>.

En esta línea, las críticas a la democracia son concretas: «la democracia —se demuestra hora tras hora— es el sistema más insuficiente para asegurar el Bien Común y, como lo enseñan los mismos teóricos marxistas, la vía más próxima para acceder al comunismo»<sup>66</sup>. El ataque a la misma arranca desde los orígenes del nacionalismo y se vincula con el hecho de que socava los cimientos de la autoridad tal cual ellos la entendían: «desde los tiempos de su consolidación histórica, la democracia tuvo un rasgo distintivo y dominante: ella significó la desacralización del poder político, el reemplazo del fundamento teológico de la autoridad por la razón numérica»<sup>67</sup>. Su consecuencia es consumir «la rebelión integral de la Creatura contra el Creador»<sup>68</sup>.

Uno de los temas recurrentes de la revista lo constituye justamente «la agonía de la democracia, (...) agonía sólo similar por lo definitiva e irreversible a la del Antiguo Régimen»<sup>69</sup>. Para el caso europeo, un colaborador francés, el conocido escritor de extrema derecha Maurice Bardèche, no duda en sostener que «la derrota de 1945 había destruido a Europa. Treinta años de democracia liberal han convertido al residuo de Europa que nos quedaba en un muñón purulento»<sup>70</sup>. Adhiriendo a quienes dedican sus esfuerzos a negar el Holocausto —la leyenda de las atrocidades alemanas y de los campos de concentración— se destaca que «se somete a un ostracismo odioso a todos los regímenes que tratan de restaurar la autoridad del estado y la primacía del interés público»<sup>71</sup>. La vigencia de la democracia en la segunda posguerra se constituye entonces en una posibilidad que es aprovechada por el marxismo, hasta el punto que «hoy el pluralismo democrático se ha convertido en la carta de ciudadanía del marxismo en el mundo llamado libre»<sup>72</sup>.

Esa postura iba acompañada de una evaluación de la política internacional centrada en el reconocimiento de la vigencia de los acuerdos establecidos en Yalta después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, que lleva a plantear como

63. *Ibidem*.

64. *Ibidem*.

65. GONZALEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española...*, *op. cit.*, p. 351.

66. *Cab. n° 73* (Febrero 1984). «A Nueve Años del Operativo Independencia».

67. *Cab. n° 110*. (Abril 1987). «La Gracia y los Desgraciados». Antonio Caponnetto.

68. *Ibidem*.

69. *Cab. n° 9*. «Reflexiones sobre la Subversión...»

70. *Cab. n° 3*. «Fisiología de las Democracias Liberales avanzadas». Mauricio Bardeche.

71. *Ibidem*.

72. *Cab. n° 10*. «En el Camino de las...»

objetivo una alternativa al accionar de los centros de poder establecidos en ese momento, «lejanos pero efectivos»<sup>73</sup>, y un paralelo y combativo rechazo de las posiciones «tercermundistas», consideradas simplemente un recurso estratégico del comunismo para apoderarse del mundo «no alineado».

El posicionamiento pro-occidental es definido como una opción por el mal menor ya que, se afirma, no nos consideramos felices con nuestra parte del mundo. No lo consideramos ni 'libre' del todo ni 'cristiano'. Ni moral, por lo tanto. Ni justa. Pero sabemos que, por poco que sea, algo conserva de los períodos cristianos de su historia<sup>74</sup>

En cuanto a la visión de la historia argentina, si bien el tema merece un tratamiento especial, podemos afirmar aquí muy brevemente que para *Cabildo* el triunfo del liberalismo a partir de la batalla de Caseros —la herida crucial de la Nación<sup>75</sup>—, que desalojó del poder al brigadier Juan Manuel de Rosas, la hegemonía del proyecto del general Julio Argentino Roca, basado en el lema «Paz y Administración», y la instauración de la democracia desde la promulgación en 1912 de la Ley Sáenz Peña, han sido los hitos fundacionales de un largo proceso en el que los valores tradicionales de la nacionalidad han sido progresivamente desplazados.

Este proceso culmina en el período 1973-76 con el peligro de «disolución nacional» surgido de la convergencia, tan temida, de la «democracia partidocrática» con la subversión marxista.

Por lo tanto, la tan prolongada decadencia argentina proviene de haber errado el camino; ¿cuál era éste? El que le marcaban sus raíces hispánicas.

### 3. E). *La Hispanidad como elemento constitutivo de la Nación Argentina*

*Cabildo* comparte plenamente las ideas del pensador español Ramiro de Maeztu, quién, como vimos, en su obra «Defensa de la Hispanidad» sentó justamente las bases de ese concepto, elemento fundamental del pensamiento tradicionalista vinculado con la relación entre América y España. De manera coherente con esta postura, la revista le dedicó en 1986 un largo artículo para conmemorar los cincuenta años de su muerte<sup>76</sup>.

Retomando las ideas desplegadas por Maeztu, para los hombres de *Cabildo* la España de la gesta americana constituye el legado espiritual, «la estructura fundamental de nuestro devenir histórico»<sup>77</sup>. Y esa gesta es la culminación de un proceso varias veces secular, la Reconquista. Su visión de la misma está en perfecta sintonía con el nacional-catolicismo hispánico: «no es solamente la recuperación del ámbito geográfico; es la formación de su ser nacional impulsado por la fe

73. *Cab. n° 17*. (Julio 1978). «La Argentina entre el Mundialismo y la Beligerancia.»

74. *Cab. n° 33*. (Mayo 1980). «¿Esta es la Superpotencia?» R.A.M.

75. *Cab. n° 5*. (Febrero 1977). «Caseros: el Significado de una Derrota». Antonio Caponnetto.

76. *Cab. n° 105*. (Octubre 1986). 1936-28 de Octubre-1986. «A Cincuenta Años de la Muerte de Don Ramiro de Maeztu». CAPONNETTO, A.

77. *Cab. n° 3*. «Día de la Raza...», *op. cit.*

católica.<sup>78</sup> En su proceso de expansión, España llegó a América y su tarea de evangelización —lejos de cualquier cuestionamiento— fue la realización de «un plan espiritual de soberana grandeza».<sup>79</sup>

El surgimiento de la Argentina se vincula estrechamente con ese origen hispánico, que continúa además la tradición cultural clásica: «los fundadores de nuestra Nación, heroicos españoles casi ignorados por las corrientes históricas liberal y marxista, llegaron a estas tierras munidos de una tradición religiosa —la Católica— y de una tradición cultural —la Greco-Romana—».<sup>80</sup> De esta manera se estructura una visión esencialista de la nación<sup>81</sup>, de acuerdo con la cual las sucesivas generaciones tomaron lo fundamental, situación que dio lugar a que la República Argentina, tras la independencia, «resultó Católica y Occidental».<sup>82</sup>

En su argumentación van aun más allá, sosteniendo que «para comprender el alma argentina y sus proyecciones sobre la vida y cultura de la Nación es preciso bucear en las complejas manifestaciones del alma hispana».<sup>83</sup>

La afirmación de los vínculos de la nación argentina con la tradición española es una constante, y llega en algunos casos hasta el extremo de poner en cuestión parte del proceso que culminó con la independencia: «rotos los vínculos espirituales que se llamaron 'cadenas', hemos deambulado por el mundo a la deriva, con remedos o imitaciones de mala factura».<sup>84</sup>

En la visión más difundida que se elabora desde *Cabildo*, la independencia fue el resultado de una serie de circunstancias externas —la decadencia de la monarquía española y el peligro de la ocupación extranjera—, pero las mismas nunca, «salvo para aquellos grupos minoritarios de ideólogos, fueron la oportunidad propicia para renegar expresa o tácitamente de las propias tradiciones».<sup>85</sup> En otras palabras, «el temple español está presente en el alma argentina desde los albores de la nacionalidad».<sup>86</sup> Se trató, en el particular lenguaje del nacionalismo hispanista de «la voluntad de independencia, la voluntad de un pueblo de prosapia hidalga que sólo anhelaba el señorío de su tierra y su destino».<sup>87</sup>

78. *Ibidem*.

79. *Ibidem*.

80. *Cab. n.º 42*. (Mayo 1981). «Lo que el Proceso no Defiende». ESTEVA, F.

81. Las teorías esencialistas de la nación han dado lugar a trabajos muy importantes; un buen texto actualizado de las diferentes teorías del nacionalismo es el de SMITH, A. D.: *Nacionalismo y Modernidad*. Madrid: Istmo, 2000, o la recopilación de HUTCHINSON, J. y SMITH, A. D. (eds.): *Nationalism*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 1994. También son importantes aportes al tema, entre muchos: HOBBSAWM, E. y RANGER, T. (eds.): *The invention of Tradition*. Oxford: Oxford University Press, 1983 (hay edición castellana de Crítica), HOBBSAWM, E.: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1990, y GREENFELD, L.: *Nacionalismo. Cinco vías hacia la modernidad*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 2005.

82. *Cab. n.º 42*. (Mayo). Lo que el Proceso...

83. *Cab. n.º 116*. (Octubre 1987). El Alma de la Hispanidad y Nuestra Voluntad de Independencia. Vocos, F. J.

84. *Cab. n.º 3*. Día de la Raza

85. *Cab. n.º 42*. Lo que el Proceso no Defiende.

86. *Cab. n.º 116*. (Octubre 1987). El Alma de la Hispanidad...

87. *Ibidem*.

La tradición hispánica es entonces la que recoge la Argentina como nación y, fundamentalmente, ésa es la tradición verdadera cuyos valores es preciso retomar, no «la “tradición” liberal que nos inventó la generación del 80: laicista, atea, democrata, economicista. Es decir “tradición moderna”<sup>88</sup>. En su formulación más retórica, la disyuntiva es clara: «o la Argentina es Hispánica, católica, mariana, misional helénica y romana, trinchera de Cristo y de María, o se continúa deprimiendo hasta los límites que estamos padeciendo»<sup>89</sup>. La idea de Nación se conformaba entonces como una amalgama de universalismo cristiano y tradicionalismo católico.

Por lo tanto, para los nacionalistas, y en esta ocasión el que habla es Federico Ibarguren, uno de sus dirigentes históricos, lo fundamental para la existencia verdadera de una nación es contar con esa larga tradición, ya que «las naciones sin fe religiosa, sin herencias históricas y culturales, sin antepasados dignos de ser venerados, sin raíces remotas conocidas (...), son lisa y llanamente naciones guachas: hijas de nadie»<sup>90</sup>. Y en eso justamente se convirtió la República Argentina como consecuencia del triunfo liberal, el que alcanzó algunos logros parciales, como la paz, «pero menospreciando el católico y entrañable pasado propio de tierra adentro: nuestra real personalidad histórica y cultural, nada menos. O sea: la paz obligatoria, masónica e impotente de las naciones *guachas*»<sup>91</sup>.

Esta reivindicación de la tradición hispánica implicaba también contraponerla a la tradición anglosajona y destacar el hecho de que los portadores de ésta fueron rechazadas en ocasión de las invasiones de 1806-7 y en los enfrentamientos con el régimen del brigadier Juan Manuel de Rosas en la década de 1840, liberándonos así «de las agresiones calvinistas y luteranas que caracterizan el accionar tenaz de la farisaica mentalidad anglosajona (masonería mediante) a partir del siglo XVIII»<sup>92</sup>.

### 3. F). *Visión conspirativa de la historia contemporánea*

Como expresión típica de las ideas del nacionalismo católico, *Cabildo* defiende con absoluta convicción los conocidos argumentos elaborados para difundir la idea de la existencia de una conspiración judía mundial<sup>93</sup>; un solo ejemplo basta para mostrarlo: cuando como consecuencia del tratamiento de temas vinculados con la situación argentina del momento —fundamentalmente la existencia de proyectos desestabilizadores del gobierno de Raúl Alfonsín en

88. *Cab. n° 19*. (Octubre 1978). «Acechanzas». ESTEVA, H.

89. *Cab. n° 106*. (Noviembre 1986). «Argentina Hispano Católica o esto...»

90. *Cab. n° 56*. (Septiembre 1982). «Las Naciones “Guachas”». Federico Ibarguren.

91. *Ibidem*.

92. *Cab. n° 112*. (Junio 1987). Angloamérica Versus Hispanoamérica. Federico Ibarguren.

93. Es conocida la idea de la conspiración judía, que tiene su manifestación más famosa en «Los Protocolos de los Sabios de Sión». Para los orígenes del mismo, es conocido el libro de COHN, N.: *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid: Alianza, 1983. Para la difusión del mito en España, es interesante la obra de FERRER BENIMELI, J. Á.: *El contubernio judeomasónico-comunista*. Madrid: Istmo, 1982.

1987—, desde ciertos medios de comunicación se acusó a la revista de antisemitismo, la respuesta la despliegan en dos planos: por una parte, niegan su antisemitismo con el argumento de que «¿Cómo podemos ser racistas los que adoramos a un Dios que es judío en la carne?»<sup>94</sup>; por otra, destacan con claridad cuál es la base de su antijudaísmo: ¿quién puede negarnos, con seriedad, la complicidad manifiesta del Judaísmo con el Comunismo, ampliamente documentada en tantas y tan trágicas experiencias históricas? (Recuérdese a quienes financiaron la Revolución Rusa). ¿Quién puede negar la instrumentación del Comunismo como elemento ideológico de destrucción por parte del Imperialismo Internacional del Dinero?<sup>95</sup>.

Ese mismo artículo va acompañado de un recuadro en el que con el título de «Omitir la Historia» se realiza «un breve recuerdo histórico absolutamente objetivo, sobre la relación comunismo-judíos», y luego pasa revista a todos los comunistas de origen judío (real o supuesto), desde Marx hasta los gobiernos bolcheviques. La enumeración finaliza con un planteo por demás desafiante: «si lo señalado es antisemitismo o hacer luz en la historia»<sup>96</sup>.

En cuanto a la caracterización del judío como tal, *Cabildo* no dudaba en utilizar todos los estereotipos tradicionales, tanto en la representación gráfica —anteojos, nariz ganchuda, barba en punta— como en la atribución de determinadas particularidades —su interés desmedido por el dinero, su (supuesta) participación en operaciones financieras dudosas—. Los judíos eran gente «de apellido intraducible», y algunos de ellos, como José Ber Gelbard, ministro de Economía del último gobierno de Perón, eran (des)calificadas como personas «provenientes de oscuro “ghetto” lejano y de profesión, mercachifle»<sup>97</sup>. De la misma forma, el «caso Graiver», ya citado, dio ocasión a que se hablara del «Judeo-Marxismo-Montonero»<sup>98</sup>, y se afirmara que «detrás de cada agente de la subversión mundial hay un odio teológico que lo azuza y un poder financiero que lo sostiene»<sup>99</sup>.

Por otra parte, en varios artículos se procedía a negar (o minimizar) la existencia del Holocausto: de cara a los reclamos judíos respecto a la represión de que fueron objeto por parte del Proceso, la respuesta finalizaba sosteniendo «que en el único holocausto válido que hubo en la historia, los victimarios fueron judíos»<sup>100</sup>.

Este «antisemitismo conspirativo»<sup>101</sup> va acompañado, como es usual en el nacionalismo, de una vinculación de los judíos con la masonería: «detrás de cada

94. *Cab. n° 6*. (Marzo 1977) «Cabildo y el Mito Antisemita».

95. *Ibidem*.

96. *Cab. n° 8*. (Junio 1977). «Omitir la Historia».

97. *Cab. n° 11* (Octubre 1977). «La Muerte no da Derechos».

98. *Cab. n° 7* (Abril 1977). «Graiver, D. y el Judeo-Marxismo-Montonero».

99. *Ibidem*.

100. *Cab. n° 38*. (Noviembre 1980). «Hoy—Gran Pogrom en la Argentina—Hoy».

101. Tomo la expresión de LVOVICH, D.: *El antisemitismo...*, *op. cit...* Sobre esta cuestión, SABORIDO, J.: «El antisemitismo...», *op. cit.*

una de las revoluciones comunistas —promoviéndolas y afianzándolas— han estado desde siempre, unidos en el mismo odio, los poderes masónicos y judíos.<sup>102</sup>

Los elementos del mito de la conspiración judía estaban todos puestos sobre la mesa.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

«Demasiado antiguo todo».<sup>103</sup> Así valora el más destacado estudioso actual de la derecha tradicionalista española las postulaciones de los grupos nacionalistas católicos en los años previos a la guerra civil de 1936-39. ¿Qué cabe entonces decir de quienes, cuarenta o cincuenta años más tarde, defendían casi sin variantes las mismas ideas?

Las enormes diferencias existentes entre el ideario de los editores de *Cabildo* y la concreta realidad argentina explica el hecho de que sus relaciones con los militares del Proceso de Reorganización Nacional fueran, salvo excepciones, por demás conflictivas; éstos carecían de un proyecto común, pero eran muy pocos los que estaban en condiciones de coincidir con quienes aspiraban a construir un «orden nuevo», cuyas raíces se encontraban en la sociedad medieval...

Estos defensores a ultranza del realismo político, que descalificaban a la revolución francesa por «utópica» y «apriorística», no percibían (o no querían percibir) la distancia que separaba a la compleja sociedad argentina de su proyecto, antidemocrático y aristocratizante. Si bien es cierto que la soberanía popular no entraba en lo más mínimo dentro de su discurso, su visión del futuro debía tener algún anclaje real, actores sociales de peso que la compartieran. La inviabilidad de su propuesta, que arrasaba tanto con el liberalismo como con la democracia de partidos, aseguraba su aislamiento, más allá del apoyo individual de algunos miembros de las clases dominantes.

Podían producirse momentos en los cuales los militares en el poder parecían responder a sus expectativas —y el tratamiento dado a algunas de las figuras de esos años, como el general Ramón Camps o el almirante Emilio Eduardo Massera parecía mostrarlo—, pero la tajante dicotomía que establecían entre quienes estaban del lado de la Patria y sus enemigos, del caos en contraposición a la Nación, de las dos Argentinas, su inquebrantable oposición al liberalismo, que era la orientación económica escogida por los militares, no contribuía en manera alguna a establecer fórmulas de acercamiento duradero. El hecho de sentirse poseedores de la verdad llevaba inevitablemente a la intolerancia, a la descalificación del «otro», que no merecía consideraciones ni miramientos. Los integrantes del Proceso no escapaban a ese tratamiento: podían ser elogiados de manera coyuntural, sobre todo en tanto integrantes del poder militar, al que reconocían

102. *Cab. n.º 9*. (Agosto 1977). «La Ofensiva Masónica». CAPONNETTO, A.

103. GONZÁLEZ CUEVAS, P.: *Acción Española...*, *op. cit.*, p. 399.

como tronco constitutivo de la patria, pero si éstos no asumían «in toto» su programa de construcción de la «nación católica», el desencuentro era inevitable.

Por lo tanto, no es casual que, salvo situaciones excepcionales, los militares no contaran con ellos. Eran aliados útiles para algunos menesteres —el tema de su incidencia en la política cultural del Proceso merece ser estudiada— pero en general terminaban resultando incómodos. Constituye sin duda un hecho relevante que un número de la revista llegara a prohibirse, y que discursos de los Comandantes en Jefe tuvieran párrafos implícitamente dirigidos a condenar su intransigencia.

Es que la propuesta nacionalista, capaz de encontrar seguidores entre algunos miembros de las fuerzas armadas, carecía, como se ha dicho, de toda viabilidad para ir más allá de santificar la «guerra sucia» y descalificar la democracia. Con todas sus contradicciones a cuestas, la mayoría de los militares del Proceso de Reorganización Nacional no estaban dispuestos a llegar tan lejos como para impulsar un proyecto excluyente, en el que no había lugar más que para «cruza-dos» imbuidos de la convicción de estar en posesión de la verdad absoluta.